

Debate

Cataluña Campus

Imma Tubella

Rectora de la Universitat Oberta de Catalunya

Poniendo el foco en la enseñanza superior y en Cataluña, ¿por qué no aparcamos la idea de la Universidad de Cataluña? De alguna manera es la historia de un fracaso –en la época republicana primero y durante toda la Transición después, puesto que es la crónica de un olvido–, y también lo es hoy, puesto que muchos de nosotros la negamos antes de nacer. ¿Por qué no avanzamos hacia un Cataluña Campus? Hay cosas para las cuales no tenemos que pedir permiso ni esperar que España reforme ninguna ley. Simplemente hay que hacerlas. Pero para hacerlas se tiene que creer o, cuando menos, tener claro que las sociedades que saben mirar al horizonte son las que liderarán el futuro.

La filosofía básica de un Cataluña Campus no tendría que ser solo la eficiencia en la gestión de los recursos, o el ahorro por las economías de escala. Tendría que ser la práctica de la colaboración, el convencimiento firme de que *nosotros* representamos mucho más que *yo*; que el futuro es de los que sean capaces de colaborar, palabra fácil de pronunciar pero extremadamente difícil de llevar a la práctica con total transparencia.

«Con una agenda común, una entidad de coordinación independiente y una actitud colaborativa, nuestras universidades podrían liderar el cambio del s. XXI.»

Colaborar quiere decir enfocar toda la comunidad universitaria en un solo objetivo común: en este caso, la excelencia y la influencia en el mundo. No podemos engañarnos. La mayoría de cambios puestos en marcha en los sistemas

universitarios internacionales no se producen por el convencimiento de sus líderes de que estamos en un cambio de época. Se producen porque, agregadas y en colaboración, las universidades de un país determinado tienen más posibilidades de salir en los rankings. Yo preferiría que la colaboración se originara por convicción, pero en todo caso lo que es importante es comprobar que colaborar no quiere decir abdicar, ni perder influencia en el territorio, ni dejarse comer por entidades más grandes y aparentemente más potentes. Significa entrar en un concepto de cultura y de sociedad radicalmente diferente de aquel al que estamos acostumbrados, del que nos ha visto crecer y desarrollarnos, pero les aseguro que infinitamente más interesante.

Como siempre repito, un Cataluña Campus necesitaría una fuerte dosis de visión a largo plazo: estar dispuestos a sacrificar el corto plazo porque tenemos una visión clara del futuro. El presidente Lincoln, en medio de la guerra civil, prescindía de soldados jóvenes y les daba becas para prepararlos para después de la guerra con objeto de no perder posibilidades de liderar la sociedad industrial. Nosotros más bien les desanimamos tanto que el único objetivo que tienen es marcharse. Y marcharse es altamente positivo. Yo me he marchado varias veces y he animado a mis hijos a que lo hicieran. Pero una cosa es marcharte para aprender, para abrir la mente, y otra muy diferente es tener que marcharte porque tu país no tiene nada que ofrecerte... y esto es el que nos pasa a nosotros.

Reformar la enseñanza superior, pues, no es un problema técnico, es un problema de actitud y de adaptación, adaptación a una nueva sociedad muy diferente de la precedente y con necesidades casi opuestas. Para encontrar una solución en este tipo de problemas a menudo nos vemos obligados a cambiar radicalmente el comportamiento y la manera de actuar. Seguir los caminos de siempre nos lleva adonde otros ya han llegado y de donde ya vuelven.

¿Cuáles serían para mí las condiciones que nos permitirían lograr un éxito tanto colectivo como colaborativo?

La primera sería, sin duda, tener una agenda común. En estos momentos no la tenemos. Las doce universidades catalanas no solamente miramos en direcciones divergentes, sino que tenemos graves dificultades para colaborar. Tener una agenda en común requiere que todos compartamos la misma visión del cambio, una comprensión común del problema y una aproximación conjunta para solucionarlo.

Una segunda condición sería establecer una medida compartida del éxito, porque un acuerdo sobre una agenda compartida es ilusorio sin un acuerdo sobre la manera de medir el éxito de su implantación.

Una tercera condición sería establecer actividades que se refuercen; no intentando que todos hagamos lo mismo (que es algo que acostumbra a pasar en la programación de grados y másteres), sino alentando a cada participante para que se focalice en el tipo de actividades en las que tenga asegurada la excelencia y haciéndolo de forma que se apoye en el trabajo de los otros y haya coordinación.

Para asegurar el éxito sería necesaria una entidad de coordinación independiente que vele para que todos estos valores se respeten y que al mismo tiempo asegure la autonomía de todas las partes.

Finalmente, haría falta una comunicación fluida y continua que fortalezca la confianza entre todos los agentes implicados y que cree un relato común. Seguramente hay otras muchas cosas. Son las que he querido subrayar en un espacio limitado como este.

El sistema universitario catalán es bueno, pero es lícito que aspire a ser mejor. Quizás tenemos una buena universidad, pero no tenemos una buena actitud, la que define la manera de ser y de actuar del siglo XXI, repito: saber colaborar y compartir.

En todo caso, el cambio se está produciendo y saldrá adelante con nosotros o sin nosotros. O lo lideramos o lo hará alguien más y habremos perdido nuevamente la oportunidad.

Pues a ver si es verdad y dejamos de defender un mundo que ya no existe y que no ha funcionado y nos ponemos a construir uno nuevo, un mundo donde seamos capaces de ser libres. ¡Es urgente!

Artículo publicado en:

Ara. Versión digital: http://www.ara.cat/premium/opinio/catalunya-campus_0_628137198.html

Ara. Versión impresa, 15/01/2012, página 34.
